

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA ANTIGUA Y MEDIEVAL

Sobre la construcción de utopías y contrautopías en la Antigüedad griega a través de «lo otro». **Un acercamiento a la *Odisea***

On the construction of utopias and counterutopias in Greek antiquity through ‘the other’. An approach to the *Odyssey*

BÁRBARA ÁLVAREZ RODRÍGUEZ*

Resumen: Hoy en día, la emigración es percibida como una de las mayores lacras que acechan a las sociedades noroccidentales. El sistema económico y de valores de éstas se ve amenazado por el peligro de una emigración masiva del sur y del oriente. La xenofobia, en su significación más originaria, inunda las calles. El extranjero, el otro, provoca miedo. Esto tal vez sea debido a un fallo en nuestra memoria histórica. No me refiero a los españoles como un pueblo emigrante, que lo somos. En esta ocasión, me quiero remontar a los orígenes de nuestra civilización: a los griegos. A lo largo de la historia de la antigüedad griega, las condiciones materiales de existencia fueron imponiendo a los griegos la apertura de espacios, el movimiento. El mismo nacimiento de la civilización griega vino determinado por el movimiento, por la emigración. Estas migraciones poseen un componente que nos interesa resaltar: la proyección de los ideales en tierras desconocidas. Esto es lo que analizaremos a continuación, prestando especial interés a la *Odisea*; una de las obras germen del pensamiento occidental.

Palabras clave: emigración, Otro, utopía, Grecia, *Odisea*.

Abstract: Today migration is perceived as one of the greatest evils that threaten societies Northwest. The economic system and values of these are threatened by the danger of a mass migration south and east. The xenophobia, in its signification more native, floods streets. The foreigner, the other, causes fear. Perhaps this is because of a mistake in our historic report. I am not referring to the Spanish as a migrant people, who we are. On this occasion I want to trace the origins of our civilization: the Greeks.

Throughout the history of ancient Greece, the material conditions were imposed on the Greeks to open spaces and movement. The same birth of civilization Greek was determined by the movement, for the emigration. These migrations have a component that we want to emphasize: the projection of the ideals in an unknown lands. We discuss this below, paying special attention to the *Odyssey*, one of the germ works of the Western literature and, why not, also of the Western thought.

Keywords: emigration, Other, utopia, Greece, *Odyssey*.

Introducción

Es obvio que resulta un anacronismo aproximar una utopía a la obra de Homero. No es nuestra pretensión abogar por el poeta como primer utópico, ni mucho menos. Pero

* Universidad de Oviedo.

creemos que en la *Odisea* se dan dos elementos que definirán a una gran parte de las utopías literarias posteriores. Estos son: el viaje y el encuentro con lo desconocido/otro. Durante mucho tiempo las utopías se inscribieron en dos marcos diferenciados cronológicamente. Las primeras utopías que salieron a la luz se inscribieron en una tierra lejana. El lugar utópico convivía en el tiempo con el país del autor, pero el primero se encontraba a una distancia lo suficientemente lejana como para que sus características maravillosas resultaran factibles y creíbles a los ojos del lector. Un viaje allende los mares era el motivo escogido para encontrarse con estos lugares imaginarios.

Más tarde, con el desarrollo científico y el avance de las nuevas tecnologías, las utopías pasaron de situarse en el espacio a situarse en el tiempo. El lugar maravilloso (o aterrador) no se encontraba en un lugar lejano, sino que se encontraba enmarcado en el tiempo, se había situado en el futuro. Hasta cierto punto es algo lógico, ya que el desarrollo tecnológico posibilita la mejora de los medios de transporte (entre otras cosas). Esto implica que los viajes sean más rápidos, más seguros y estén más democratizados, es decir, que lleguen a más personas. Esto da lugar a un aumento en los descubrimientos de distintas parcelas de la realidad; que los lugares sean lejanos ya no conlleva que sean desconocidos. La esperanza ya no está en una isla, sino en el futuro.

Antes de seguir avanzando queremos dejar claro que, en este contexto, utilizamos el término utopía refiriéndonos al tipo de lugar imaginario que se da en los relatos «utópicos». Si a la descripción de algunos pasajes de Homero se les pudiera aplicar el calificativo de utópicos, caerían más bien dentro de la utopía literaria (como la que pudo darse en la *Hierá Anagraphé* de Evémero de Mesene), en contraposición con la utopía política o filosófica que pudo darse en la descripción de la Atlántida o de la República platónica o ya, de manera más sistemática, con la obra homónima de T. Moro, la cual dio lugar a un sinnúmero de utopías políticas en los siglos XVIII y XIX y que continúan hasta nuestros días. Éstas, al contrario que el relato utópico literario que se reviste de fantasía, dotan a su relato de datos concretos y verosímiles con la intención o la esperanza de que algún día puedan ser puestas en práctica.

Como se sabe, el término «utopía» fue acuñado por T. Moro en el siglo XVI. Moro quiso hacer un juego de palabras con el término, poniéndolo a medio camino entre el «no lugar» (*outopos*) y el «buen lugar» (*eutopos*). Normalmente, se entiende la utopía dando prioridad al primer uso como «el no lugar, el lugar inalcanzable», dejando de lado su segundo sentido: la utopía como «el mejor lugar de todos los posibles». Si se atiende a las dos orientaciones del término, el relato de los feacios que se analizará más adelante encaja perfectamente en ambas direcciones: pertenece al buen lugar, las descripciones que nos dará Homero poseen ecos de la Edad de Oro pero también es el lugar inalcanzable. Por lo menos para la mayoría de los mortales, ya que únicamente lo alcanza Odiseo (pero recordemos que Odiseo es un héroe, no un simple mortal).

El viaje en la Odisea

Como decíamos antes, la *Odisea* comprende dos de los elementos más importantes en la formación de las utopías ulteriores. El primer elemento es el viaje; la utopía se inscribe dentro de los marcos de una sociedad ideal y, por lo tanto, inalcanzable, en la que el ser

humano proyecta sus ilusiones, sueños o deseos. Los relatos de viajes han contribuido mucho a la hora de crear estas sociedades utópicas. Ya que ¿qué mejor circunstancia que un viaje para *descubrir* una nueva tierra en la que se plasman todos nuestros ideales? Un país o una isla lejana fueron los emplazamientos preferidos por los seres humanos para proyectar sus utopías.

La búsqueda de las utopías representa el espíritu viajero en su más alto grado; a lo largo de la historia, el viajero ha sido aquel que recorre el mundo en busca siempre de algo nuevo o mejor. La búsqueda de otro mundo posible, aún hoy sigue representando una de las motivaciones más vivas a la hora de realizar un viaje. La proyección de los ideales en tierras desconocidas es algo que, podríamos decir, fusiona las motivaciones de los utópicos con las de los emigrantes. Ambos son viajeros, o se sirven del viaje, y ambos anhelan que en la tierra desconocida exista algo mejor a la realidad vivida. La mayor diferencia entre ambos podría ser la teorización, mientras que el emigrante viaja hacia una sociedad ya construida, el utópico teoriza, a través del viaje, la sociedad ideal.

Homero se sirve del viaje, pero, como sabemos, Odiseo realiza un viaje de vuelta a su patria, un *nostos*. Odiseo no es el viajero que se echa a la mar en busca de un sitio mejor, Odiseo se ve obligado por el designio de un dios, Poseidón, a vagar durante diez años por el amplio mar. El héroe no busca un lugar mejor que su propia patria y, aunque lo encuentre, la motivación que impulsa a Odiseo a seguir moviéndose, a seguir viajando, es el retorno a su patria. Esta afirmación la vemos constatada en las palabras del propio Odiseo, cuando éste comienza la narración de sus aventuras a los feacios dice:

«...no hay nada que se muestre a mis ojos igual que mi tierra; (...) porque nada es más dulce que el propio país y los padres aunque alguien habite una rica, opulenta morada en extraña región, sin estar con los suyos (...)»¹

Como vemos en estas líneas, el poeta deja muy claro que Odiseo, aunque se le muestren las mayores maravillas y riquezas del mundo, seguirá navegando en busca de su verdadero sueño, llegar a su patria. La *Odisea* está plagada de sentencias que no dejan en muy buen lugar los viajes por mar, por falta de tiempo, aquí no las reproduciremos todas. Basta apuntar, como cierre a esta parte sobre el viaje, que a pesar de que la sociedad que se describe en los poemas homéricos es la micénica, el poeta pertenece a época arcaica, en la que el dominio del mar, tan controlado por los micénicos, con la Edad Oscura se había perdido y en época de Homero solamente estaba empezando a recuperarse.

Sobre la percepción de «lo otro» en la *Odisea*

El segundo elemento a analizar es la percepción de «lo otro». Para comprender la importancia que ejercieron los otros en el imaginario griego de época homérica, primero hemos de entender qué engloba esa noción de «lo otro». En la Grecia de Homero existirán dos tipos de «otro»: «el otro» y «el/lo Otro» (en mayúsculas). Esta división está basada en

¹ *Odisea*, IX, 27-36, traducción de J. M. Pabón (todas las citas en este artículo seguirán esta traducción) en Gredos, Barcelona 2006.

criterios, podría decirse, ontológicos; en la existencia de dos realidades (en el plano de la mentalidad griega de la época). A la primera categoría («el otro» con minúsculas) pertenecerán todos aquellos humanos que no son miembros de pleno derecho de la propia comunidad: los extranjeros (griegos o no griegos), los esclavos y las mujeres. A ésta la llamaremos «alteridad mundana». A la segunda categoría pertenecerán los no humanos; los dioses, los monstruos y la muerte. Por ser una negación de todo lo que engloba la humanidad, llamaremos a esta categoría «alteridad extrema»².

Traemos esto a colación porque la visión de las tierras utópicas en Homero vendrá junto a la primera clasificación de la alteridad, la que hemos denominado «alteridad mundana» (que se dará, concretamente, en el episodio de los feacios). Su contrario, la contrautopía o distopía, vendrá con el segundo tipo, «la alteridad extrema» (y la vemos, sobre todo, en la descripción de los cíclopes).

El país de los feacios

Esto nos lleva a analizar dos episodios de la obra. El primero, que se corresponde con las proyecciones utópicas, es el encuentro de Odiseo con los feacios.

Los feacios pertenecen, según la clasificación que dimos antes, a la alteridad mundana. Son extranjeros a los ojos de Odiseo, aunque la única pista que nos permite su categorización como extranjeros es su localización, fuera de Grecia, que nos da el poeta.

En ningún momento de este encuentro se nos plantea la problemática de la comunicación entre Odiseo y los feacios. Sería lógico pensar que, entre personas de países tan distintos, pudiera haber algún tipo de traba a la hora de establecer un diálogo. Homero, aunque coloca a los feacios «alejados del mundo afanoso»³, no repara en que pudieran hablar otra lengua que no fuera griego.

Colocar a los feacios en una geografía de confines es el primer guiño que les acerca al mundo de la imaginación. Lo siguiente que nos lleva a catalogar este episodio cerca de los paraísos utópicos es la descripción del propio país feacio y, más concretamente, del palacio de su rey, Alcínoo. Homero nos describe este paraje con las características más maravillosas que un griego pueda imaginar:

- No hay lugar para lo feo entre sus gentes, sobre todo entre los que pertenecen a linaje real; como Nausícaa, hija de Alcínoo, a la que Odiseo compara en belleza a las diosas.
- Sus fuentes son perennes. Esta característica la vemos también en la descripción de la Atlántida de Platón⁴. La importancia que los griegos antiguos atribuían a estas riquezas hidráulicas puede ser debido al contraste que se da entre ellas y los problemas de suministro que debían sufrir en la seca tierra griega.
- Los feacios están situados en una situación geográfica privilegiada, están aislados del resto de los mortales. Como le dice Nausícaa al propio Odiseo: «No hay en vida un mortal ni jamás nacerá que se llegue al país de los feacios a hacernos la guerra; sobremodo,

2 A esta segunda categoría también podría pertenecer la Naturaleza. En esta parte no la incluimos, ya que en ambos poemas la percepción de la Naturaleza apenas es existente, y si la hay, ésta se relaciona con la divinidad; por lo que estaría incluida en la parte que ocupan los dioses.

3 *Odisea*, VI, 8.

4 *Critias*, Platón, traducción de Francisco de P. Samaranch, Aguilar, Argentina 1975, p. 49.

en efecto, nos aman los dioses, vivimos apartados en medio del mar y sus olas inmensas, al extremo del mundo sin mezcla con otros humanos»⁵.

- Los feacios son famosos por sus dotes marineras. El control del mar era muy importante en esa época para el comercio y para las actividades guerreras, entre otras cosas. Como dijimos antes, los griegos de época homérica habían perdido el control del Mediterráneo que caracterizaba a los micénicos. Por lo que debió de sonarles maravilloso que Homero les hablara de unas gentes que tuvieran un dominio tal de algo que les infundía tanto respeto. Además, no es únicamente que sus marinos controlaran los mares, sino que no necesitaban de piloto. Como le dice Alcínoo a Odiseo: «Los feacios no tienen pilotos ni saben de aquellos gobernalles (*timones*) que suelen llevar los demás; sus bajeles tienen ciencia y sentido de hombres»⁶. Podría decirse que sus buques son algo así como automáticos, si es posible usar esta palabra para el siglo VIII a. C.

Según Homero, Alcínoo gobierna a su pueblo como un dios (VII, 11). No sabemos si porque lo hace con justicia (aunque la justicia aplicada a un dios es una terminología más bien propia del cristianismo, los dioses homéricos no se caracterizan precisamente por ser justos) o porque fuera amado y respetado por sus súbditos de la misma manera en que lo fuera un dios. Parece que esta última es la más probable.

La descripción del palacio de Alcínoo ocupa una extensión de cuarenta y siete versos (VII, 85-132). Se trata de un *topos* de la literatura utópica. En él encontramos todo tipo de riquezas y lujos, el oro y la plata abundan entre sus ornamentos, incluso las grandes puertas que sirven para proteger la mansión son de oro (VII, 88). Por supuesto en el palacio no faltaban esclavos (VII, 102) y jamás se quedan sin suministros de comida o bebida (VII, 99), el trigo y el aceite (dos de los principales productos de la alimentación griega) se daban también en abundancia (VII, 104-107). A este idílico paisaje hay que añadir un gran huerto en derredor del palacio con multitud de árboles cuyos frutos son perennes, desde perales y manzanos, hasta higueras u olivos; nos dice el poeta que «en sus ramas jamás falta el fruto ni llega a extinguirse, que es perenne en verano e invierno»⁷. También poseía «mil especies de plantas»⁸, así como dos grandes fuentes: una proveía de agua a los jardines, la otra iba hasta la mansión de Alcínoo donde el pueblo la tomaba.

Pero no sólo eran sus paisajes y sus infraestructuras maravillosas, también sus gentes gozaban de un gran virtuosismo. Las mujeres feacias eran tan expertas en el telar como los hombres en las dotes marineras (VII, 108-110). Los hombres también gozaban de gran fama en el baile, eran distinguidos bailarines pero también aventajaban a los demás hombres en el canto y en los juegos de carreras (VIII, 252-253). Son amantes del lujo, como le dice Alcínoo a Odiseo: «nos gustan de siempre el banquete, la cítara, el baile, los vestidos bien limpios, los baños templados, los lechos» (VIII, 248-249).

Si todo este fragmento de la descripción del palacio y de las gentes feacias estuviera fuera de contexto, podríamos pensar que Homero estaba describiéndonos parte de la tierra de los bienaventurados; sin embargo, nos está hablando de un paraje extranjero y lejano. A pesar de esta utópica narración, el poeta no se puede desligar completamente de su visión

5 *Odisea*, VI, 201-205.

6 *Ibid.*, VIII, 557-559.

7 *Ibid.*, VII, 117-118.

8 *Ibid.*, VII, 128.

del mundo; utilizando el término diltheano, su *Weltanschauung* va con él, lo que le hará incluir características de su propio imaginario a esta tierra de los confines: tienen *ágora*⁹, son agricultores (labran la tierra), practican los mismos juegos que eran habituales en Grecia¹⁰, son piadosos hacia los dioses y viven en ciudades amuralladas.

A pesar de todas estas maravillas y de la invitación de Alcínoo a Odiseo de casarse con su hija Nausícaa, y darle una casa y haciendas, Odiseo no anhela quedarse en este paraíso utópico; su única motivación es volver lo más rápidamente a su hogar.

Contrautopía en el encuentro con Polifemo

Si el país de los feacios se correspondía con el prototipo de paisaje idílico que un griego pueda soñar, la morada de los cíclopes representa su contrario. Los cíclopes son la alteridad extrema, engloban en su ser todo aquello que a un griego le aterra o aborrece.

La primera muestra de marginalidad que encontramos en este episodio es su hábitat, los cíclopes habitan en cuevas situadas en las cumbres de las montañas. En el imaginario griego las cuevas representan lo arcaico. Como dice Buxton¹¹, fue necesario que Prometeo diera el fuego a los hombres, y con ello la cultura, para que dejaran de vivir en la profundidad de las cuevas oscuras. En la mitología griega las cuevas dan cobijo a todo tipo de seres marginales; Calipo o las harpías vivían también en cavernas.

El dualismo naturaleza/cultura aquí se deja ver de manera fortísima; los cíclopes pertenecen a la naturaleza más brutal. Representan todo lo contrario al espíritu civilizado griego y a sus normas de conducta: son seres sin ley (IX, 107), nos cuenta Odiseo, y no tienen *ágora* (IX, 112). Tampoco realizan los trabajos propios del campo, no siembran ni plantan nada. Dice Odiseo de Polifemo «no parecía ser humano que vive de pan»¹², es decir, no cultiva el trigo, no practica la agricultura. La agricultura es un signo de sociabilidad, pues requiere asentamiento estable y mucho trabajo, y éste ha de ser en grupo. En sus campos germina todo sin necesidad de trabajarlo y sin echarle semillas (IX, 108-110). En cambio, Polifemo sí que tiene reses, es ganadero, pero para esta labor no requiere del trato con los otros cíclopes, trabaja en soledad.

Otras características monstruosas de estos seres son su tamaño y su fuerza bruta «sin noción de justicia ni ley»¹³. Pero, sin duda, lo que más les acerca al marco de la monstruosidad es su antropofagia. Dicha antropofagia, unida al hecho de comer la carne cruda, convierte al cíclope en la antítesis de los valores humanos, lo transporta al mundo de la alteridad radical. Polifemo no duda en comerse a dos compañeros de Odiseo nada más llegar éstos a su cueva. Para remarcar aún más el dramatismo de este momento, el propio Odiseo nos cuenta que el cíclope ofrece como don de hospitalidad al héroe comerle el último (IX, 369-370). Hasta ahora, no hemos comentado nada acerca del deber de *ξενία* en Grecia. No es competencia de este artículo extendernos en este asunto. Sólo apuntar que el deber de hospitalidad (*ξενία*),

9 *Odisea*, VIII, 16-18.

10 *Ibid.*, VIII, 100-233.

11 R. Buxton, *El imaginario griego. Los contextos de la mitología griega*, Cambridge University Press, Madrid 2000.

12 *Odisea*, IX, 191.

13 *Ibid.*, IX, 215.

era una de las costumbres más extendidas y respetadas de los griegos antiguos. Era el deber sagrado de acoger a los extranjeros venidos de fuera. Hay un epíteto atribuido a Zeus, «Zeus *xénios*», «el Hospitalario», «protector de los extranjeros/huéspedes». Era un grave agravio a los dioses no dar hospitalidad a quienes la pedían, o maltratar a los huéspedes. Por lo tanto, unida a esta antropofagia está la impiedad hacia los dioses. Polifemo no respeta el deber de hospitalidad, lo que implica no respetar los mandatos de Zeus, como él mismo dice a Odiseo: «Eres necio, extranjero, o viniste de lejos, pues quieres que yo tema o esquive a los dioses. En nada se cuidan los cíclopes de Zeus que abraza la égida, en nada de los dioses felices, pues somos con mucho más fuertes»¹⁴.

Conclusiones

Hemos querido resaltar estos dos episodios por encontrarse, cada uno de ellos, en los límites de lo civilizado y lo monstruoso, en los límites de la utopía y la contrautopía. La descripción del episodio de los cíclopes, a oídos de una persona de época homérica, constituye una de las mayores distopías (usando un anacronismo) que se hayan dado en la Antigüedad Griega. Hay que tener en cuenta que la época homérica es la época en la que empieza el surgimiento de las polis griegas; imaginarse unos seres sin ágora, sin templos, sin deber de *xenia* y sin ningún tipo de ley debió de suponer un golpe muy fuerte al imaginario griego de la época. Homero no es un utopista, no construye una utopía como contribución a un futuro ideal. Como tampoco, viendo su propia sociedad como algo desdeñable, construye una nueva sociedad mejor aplicándola a la suya ya existente¹⁵.

Pero, sin embargo, Homero nos proporciona un material que no se vuelve a repetir en toda la historia de la literatura griega. La *Odisea* es una de las obras más completas en información sobre el encuentro con el otro, con la alteridad. Y, como todos sabemos, la visión de lo otro provoca, incluso hoy en día, una mezcla de atracción y miedo. Lo otro provoca desconfianza, la xenofobia, en su significación más literal (miedo al extranjero, miedo al otro) inunda las calles. Pero también lo otro es una fuente de conocimientos, de anhelos. Desde aquí apoyamos la tesis de que hubiera sido imposible la formación de las utopías sin haberse producido esa mezcla de identidades, ese intercambio de conocimientos y costumbres que han propiciado a lo largo de toda la historia de las civilizaciones los viajes y el encuentro con la alteridad. Imaginar «algo mejor» implica un segundo elemento con el que comparar, ¿podríamos habernos imaginado algo mejor a lo nuestro sin antes haberlo visto en los otros?¹⁶ Nosotros creemos que no.

Bibliografía

BUXTON, R., *El imaginario griego. Los contextos de la mitología griega*, Cambridge University Press, Madrid 2000.

14 *Ibid.*, IX, 273-276.

15 *Utopías y pensamiento utópico*, Frank E. Manuel (comp.), Espasa-Calpe, Madrid 1982. Manuel consideraba que ambas eran características de la personalidad utópica.

16 Platón en la construcción de su ciudad ideal se basa en la organización del Estado Espartano.

- FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*, trad. española, Fondo de Cultura Económica, México 1961.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Akal, Madrid 2000.
- GONZALEZ ESCUDERO, S. «El tiempo de la utopía», inédito.
- HARTOG, F., *Memoria de Ulises. Relatos sobre la Frontera en la Antigua Grecia*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1999.
- HOMERO, *Odisea*, traducción de J. M. Pabón, Barcelona 2006.
- KIRK, G. S., *Los poemas de Homero*, trad. española, Paidós, Barcelona 1985.
- MANUEL, FRANK E. (comp.), *Utopías y pensamiento utópico*, Espasa-Calpe, Madrid 1982.
- PLATÓN, *Critias*, traducción de Francisco de P. Samaranch, Aguilar, Argentina 1975.
- VERNANT, J. P., *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*, trad. española, Gedisa, Barcelona 1986.